

la Iglesia de quinientos ó seiscientos años á esta parte, nõ han sido introducidas por la autoridad de los obispos y concilios para corregir las prácticas antiguas; sino por negligencia, ignorancia y error fundado sobre piezas falsas, como las Decretales de Isidoro; y por los malos racionios de los doctores escolásticos. Dios quiera que nos aprovechemos de la gracia que nos ha hecho de nacer en un siglo más ilustrado, y que si no podemos resucitar la antigua disciplina, sepamos á lo menos estimarla, reverenciarla y llorar mucho su pérdida.



DISCURSO V.

Sobre los estudios públicos.

I.
Escuelas de
París y Bo-
lonia.

Uno de los medios de que Dios se ha servido en los últimos tiempos para conservar la sana doctrina en su Iglesia, ha sido la institución de las universidades, que no tomaron este nombre sino al principio del siglo XIII,

aunque algunas estuviesen ya casi formadas; bajo del simple nombre de escuelas. Ya he notado en el tercer discurso la sucesión de las escuelas latinas, hasta el fin del siglo X. La de Rems era entonces la mas famosa: continuó siéndolo en todo el siglo siguiente, y san Bruno fue su principal ornamento, y tambien se pueden contar á Roscelino de Compiègne y los dos ilustres hermanos Anselmo y Raoul de Laon, pues enseñaron en la provincia de Rems.

La escuela de París fue célebre desde el fin del siglo X, como se ve por la vida de san Abon de Fleury, que vino á estudiar á ella; y acaso la residencia de nuestros reyes, que la hicieron entonces su capital, no contribuyó poco á atraer allí buenos maestros. La reputación de esta escuela se aumentó considerablemente al principio del siglo XII bajo de Guillelmo de Champeaux, y sus discípulos, que enseñaron en san Victor. Al mismo tiempo Pedro Abelardo vino á París, y enseñó con grande aplauso las humanidades, y filosofía de Aristóteles: Alverico de Rems enseñó tambien en esta escuela, y fue el mas famoso Dia-

léctico, aunque muy adicto á la secta de los Nominales, de la cual fue autor Roscelino. Pero la grande lumbrera de la escuela de París fue el obispo Pedro Lombardo, tan conocido por su libro de las Sentencias, que compuso ácia el medio del siglo XII. Este libro se ha considerado mucho tiempo como el cuerpo de teología mas perfecto, y se enseñaba publicamente en las escuelas con preferencia á otras muchas colecciones semejantes, compuestas ácia el mismo tiempo por Hildeberto arzobispo de Tours, por el cardinal Roberto Pulo, el abad Ruperto, y Hugo de san Victor.

Entre las muchas compilaciones de los cánones, la mas universalmente aprobada fue la del monge Graciano compuesta en el mismo tiempo en Bolonia de Italia; y su obra parece haber hecho mas famosa esta escuela, que lo era ya por el estudio de las leyes romanas renovado veinte años antes: porque parece que se iba de lejos á estudiarlas á Lombardia por el ejemplo entre otros de Arnaldo obispo de Lisieux. Y en 1220 el papa Honorio testifica en una Bula, que el estudio de las buenas letras habia hecho la ciudad

de Bolonia célebre por todo el mundo. Nótese tambien que el Maestro de las Sentencias salió de Nobara, y que antes de él Lanfranco arzobispo de Cantorberi vino de Pavia: lo que nos descubre en Lombardia una continuacion del estudio de teología, como de jurisprudencia. Así las dos mas antiguas universidades que yo conozco son las de París y Bolonia; y se nombran universidades de estudios para mostrar que los contenian todos, y que en una misma ciudad se enseñaban todas las ciencias que antes de este tiempo era necesario ir á estudiarlas á diversos pueblos.

Esta institucion fue muy útil á la Iglesia. Los doctores asegurados de hallar en una determinada ciudad ocupacion con recompensa de sus trabajos, venian muy contentos á establecerse en ella; y los estudiantes asegurados tambien de hallar buenos maestros, con todas las comodidades de la vida, concurrían de todas partes aun de los países distantes. Así venian á París de Inglaterra, Alemania, de todo el Norte, y de España. La emulacion hacia estudiar á competencia á los maestros y discipulos; y el mayor

II.
Utilidad de
las univer-
sidades.

bien que se siguió de aquí fue que la doctrina se conservó mejor en su pureza; pues entre muchos doctores, enseñando á la vista los unos de los otros, era preciso que la menor novedad fuese al instante advertida, y enmendada. Se conservó tambien mas facilmente la uniformidad así en el fondo de la doctrina, como en el método de enseñarla. Tantos estudiantes de diversos países derramaban en ellos la doctrina que habian bebido en estas fuentes; y llegando á ser maestros enseñaba cada uno entre los suyos lo que habia aprendido en París.

La policia de las universidades era un buen medio para afirmar la tradición de la sana doctrina. No dependia ya como antes de cada particular enseñar cuando se creia capaz de ello: era menester ser maestro en Artes, ó doctor de las facultades superiores, y estos títulos no se concedian sino por grados despues de rigurosos exámenes, y largas pruebas para responder al público de la capacidad de los maestros. Todo el cuerpo era su fiador, y tenia derecho de corregir al que no cumplia con su obligación segun el reglamento dado en 1215.

II
ob. babilini
-10vini 251
205ahie

por el Cardenal Legado Roberto de Corzon. Para enseñar las artes en París era menester ser de edad de veinte y un años, y haberlas estudiado al ménos seis: para enseñar la teología era necesario haberla estudiado ocho años, y tener treinta y cinco de edad.

Los frailes predicadores, habiendo sido agregados á la universidad de París desde el principio de su instituto, observaron el orden siguiente para la promoción de sus doctores en teología. El que era nombrado bachiller por el General de la orden ó por el capítulo, comenzaba explicando la materia de las Sentencias en la escuela de algun doctor, lo que hacia por espacio de un año, al fin del qual, el Prior del convento con los doctores que profesaban actualmente, presentaba este bachiller al Canciller de la Iglesia de París, asegurando con juramento que le juzgaban digno de obtener la licencia, esto es, el permiso de enseñar como doctor. Despues de algunos exámenes públicos y otras formalidades el bachiller era recibido de doctor, y continuaba el segundo año explicando el libro de las Sentencias en su es-

III
2018-100

cuela; pues cada doctor tenía la suya. El tercer año el nuevo doctor tenía todavía su escuela; pero le ayudaba un bachiller que explicaba las Sentencias; y al fin del año le presentaba para la licencia, como él lo había sido. Todo el curso del doctorado se acababa en estos tres años sin perjuicio de los actos que era preciso tener de tiempo en tiempo; pero lo que había de bueno era que á nadie se recibía de doctor sino despues de haber enseñado públicamente. Fuera de esto las lecciones no se hacian dictando escritos, sino que el profesor despues de haberse preparado las pronunciaba de seguida como los sermones; y los estudiantes escribian de ellas lo que podian; pues es de creer que los frailes predicadores siguieron el orden que habian hallado establecido en la universidad.

III.
Colegios.

La institucion de los colegios que comenzaron ácia la mitad del siglo XIII fue un buen medio para mantener la policia de la universidad, y hacer cumplir con sus obligaciones á los estudiantes que habia en ellos. Los religiosos fueron los primeros que fundaron estas casas para que viviesen juntos sus estu-

diantes (a). Así, además de los frailes predicadores y menores, cuyas primeras casas en Paris son los colegios de todo el orden; se fundaron tambien por los monjes los de los bernardinos de Cluni, y Marmontier. El de Sorbona fue uno de los primeros destinado á clerigos seculares; y despues la mayor parte de los obispos los fundaron para los pobres estudiantes de sus diócesis. Por este medio se descargaban en alguna manera de la obligacion de instruir y formar su clero, que es una de sus principales obligaciones no pudiendo darles en su casa tan buenos maestros, como en las escuelas públicas.

La disciplina de los colegios no solamente tenia por objeto la instruccion de los estudiantes, que se criaban en ellos, sino tambien el arreglo de sus costumbres, formándolos de este modo para la vida clerical. Vivian en comunidad; celebraban el oficio Divino, tenían sus horas arregladas de estudios y diversion; y muchos pedagogos ó regentes velaban sobre ellos para dirigirlos, y hacerles cumplir con sus obligaciones: siendo estos como unos

(a) Pass. Recher. lib. 9. c. 31.

pequeños seminarios. En fin esta institución, y la policía de las universidades, fue tan generalmente aprobada, que todos los países del rito latino siguieron el ejemplo de Francia y de Italia; y desde el siglo XIII se vieron parecer de día en día nuevas universidades.

IV.
Curso de
los estudios.

Veamos ahora cuáles eran estos estudios, que se abrazaban con tanto ardor, y si se perfeccionaron; al paso que se aumentaron los estudiantes y maestros. Esta era sin duda la intención, pero la desgracia de los tiempos no lo permitió. El gusto de los buenos estudios estaba perdido, y aún no se había abandonado el error de los sabios del siglo IX, que queriendo abrazarlos todos no estudiaban ninguno con perfección. Siempre se suponía, que para ser admitido á las lecciones de teología, era menester haber aprendido las artes liberales, es á saber, la gramática, retórica, lógica y demás partes de la filosofía; y de aquí nos ha venido este curso arreglado de estudios, que subsiste todavía. El plan era bello, si la execucion fuese posible; pero la vida del hombre es de-

masiado corta para estudiar con profundidad cada una de estas artes, como se pretendia hacer, y aplicarse despues á las ciencias superiores. Aun suponiendo que algun genio feliz pudiese conseguirlo, no convenia proponerlo á todo el mundo; y por otra parte la verdadera ciencia eclesiástica no tiene necesidad de todos estos preliminares. La antigüedad no los requería ni aun en los mismos obispos; y san Agustín nombra uno de su comarca que no habia estudiado las letras humanas, á quien sin embargo juzgaba tan buen teólogo, que le remitió el donatista Próculo para que le arguyese y convenciese. (a) Y es que este buen obispo no dejaba de estar suficientemente instruido por la meditacion continua de la sagrada Escritura y lectura de los autores eclesiásticos, que habian escrito en latin su lengua natural. Los estudios superficiales hacen creer que se sabe lo que no se sabe, que es punto menos que la total ignorancia.

La gramática segun la idea de los griegos y romanos, de quienes la habemos recibido, y como lo dicta la razon, debia ser el estudio de nuestra

v.
Gramática.

(a) Aug. ep. 34. al. 168.

lengua materna para hablarla y escribirla correctamente, pero no es así como se estudiaba la gramática en nuestras escuelas. No se aplicaba á las lenguas vulgares, despreciándolas aun como indignas de ser escritas y empleadas en los discursos serios, insistiendo siempre en escribirlo todo en latin, aunque hubiese ya muchos siglos que no se hablase en ningun pais del mundo. Comenzóse, sin embargo, ácia el medio del siglo XII á escribir en romance, esto es, en frances del tiempo; pero casi solo en canciones, tratando de armas, ó amores, como se hablaba entonces para la diversion de la nobleza, y de allí ha venido el nombre de romances á las fabulas amorosas. La primera obra en esta lengua que yo conozco es la historia de los duques de Normandía escrita en el año 1160 por un clérigo de Caen nombrado Maese Vace. Cerca de cincuenta años despues Godofredo Villehardouin escribió en prosa la historia de la conquista de C. P. y despues se han ido determinando poco á poco á escribir en lengua vulgar, no solamente en Francia, sino en Italia y España.

Sin embargo, no veo que se haya aplicado á ella en estos primeros tiempos el estudio de la gramática: parece que se temia profanarla. Esto se ve por la historia de Villehardouin, en la cual unas mismas palabras estan escritas de una manera tan diversa, que es claro que la ortografia no se hallaba todavia fixada, y acaso tampoco la pronunciacion. No hallo en esta obra distincion entre el plural y singular, ni construccion uniforme; en una palabra, ninguna regularidad. Por esta razon, destiguraban estrañamente los nombres de los extrangeros, y hallamos *Toldres Liascres* en Villehardouin por *Teodoro Lascaris*; en el Florentino Malespino, *Palliolo* por *Paleologo*; y *Ghirigoro* por Gregorio: en fin en otros mas modernos, *Cecilia* por *Sicilia*. Es todavia importante saber que en estos tiempos los legos aun los mayores señores no tenian por la mayor parte alguna tintura de letras, y no sabian leer, ni escribir. De suerte, que si querian escribir una carta, llamaban á un escribiente; esto es, un eclesiástico, al cual decian su intencion, y este la escribia en latin, y cuando se recibia la respuesta, era menester que vinie-

se á esplicarla. Por esta razon entre las cartas de Pedro de Blois se ven muchas en nombre de principes, y princesas, á quienes no hace siempre hablar de la manera que les era mas conveniente. No se estudiaba, pues, la gramática sino para el latin, ó por mejor decir, se aprendian la una y la otra juntas, como hacemos todavia; pero en vez de que al presente se enseña el latin lo mas puro que se puede, entonces se contentaban con este latin grosero, cuyos restos vemos en las escuelas de filosofia y teologia. Este lenguaje del siglo XIII y de los dos siguientes está lleno de palabras latinas usadas en una significacion impropria, formadas de las lenguas vulgares, y mezcladas de palabras bárbaras sacadas de las lenguas germánicas, como *guerra* y *iregua*; de suerte que los que no saben sino el latin puro, no entienden éste sino hacen de él un estudio particular, porque á nadie le viene al pensamiento leyendo estas dicciones *miles* y *bellum*, que aquella significa caballero y esta batalla, sino hacen alguna reflexion. Por el contrario, los sábios de los tiempos de que hablamos no entendian sino im-

perfectamente los autores de pura latinidad, no solamente los profanos, que no les eran tan necesarios, sino los PP. de la Iglesia, san Cipriano, san Hilario, san Gerónimo y san Agustin; de suerte que leyéndolos la mayor parte no los entendian. Y como no se lee con gusto lo que no se entiende, se fue dejando insensiblemente la lectura de los antiguos por aplicarse á los modernos, mas inteligibles; y se vino en fin á despreciar el estudio de la antigüedad, como una curiosidad inútil. La gramática se redujo á las declinaciones, conjugaciones y reglas mas comunes de la sintaxis; siguiendo en lo demas la frase de las lenguas vulgares, de las cuales se tomaban todos los dias nuevas palabras, dándolas solamente la terminacion latina. Es verdad que este bajo latin tenia su utilidad, que era el ser una lengua comun á todas las personas de letras entre todas las naciones del rito latino, como lo es todavia particularmente en el Norte.

Los que estudiaban tan mal el latin, del cual se servian continuamente para hablar y escribir, no procuraban aprender el griego ó el hebreo; sin

embargo de que los latinos mezclados con los griegos, despues de la toma de C. P., era forzoso comerciasen con ellos, y los judíos estaban derramados en Francia, como en todó el resto de Europa; pero las comodidades de aprender no bastan sin la curiosidad; pues desde las Cruzadas, los francos tenian la misma facilidad de aprender el árabe, siriano y otras lenguas orientales; y sin embargo entre este clero latino esparcido en el Oriente por espacio de doscientos años, no se ve casi nadie que se haya aplicado al estudio de estas lenguas tan necesarias para conocer la religion, las leyes, y la historia de los musulmanes, y no caer en errores tan groseros, como los que digeron que adoraban á Mahoma, y tenian ídolos.

La ignorancia del griego obligó á leer á los PP. griegos en las traducciones, las cuales son siempre defectuosas; y así se citaban pocos en estos tiempos, á escepcion de san Juan Damasceno, y el pretendido san Dionisio. Hallo, no obstante, algunos ejemplos de latinos sábios en el griego, y versados en la lectura de los PP. griegos; como estos cuatro reli-

giosos mendicantes enviados por el papa Gregorio IX para disputar con los griegos, cuyos errores combatieron tambien en el concilio de Nínfea año 1234. Lo que me admira es, que no hayan formado discípulos; que otros á su ejemplo no se hayan aplicado á este estudio tan útil; y que desde entonces no se hayan establecido en nuestras escuelas profesores para enseñar la lengua griega, y explicar las obras escritas en élla.

Hallo todavía algunos pocos cristianos que sabian el hebreo, como los dos que fueron empleados en París en la traduccion de los extractos del Talmud en 1248 y Roberto de Arondel en Inglaterra. Pero no veo que se aprovechasen de este estudio para la inteligencia del sentido literal de la Escritura, que es el mejor uso que se puede hacer de él, y para el conocimiento de las tradiciones de los judíos, que coincide al mismo fin. Al contrario, se queria abolir la memoria de estas tradiciones, como parece por la condenacion del Talmud, sin advertir que esto era irritar á los judíos sin ninguna utilidad. Porque ¿qué pretendian hacer nuestros doctores quemando

do estos libros? ¿Abolirlos enteramente? ¿No veían que se habían de conservar entre las manos de los judíos esparcidos en España y en Oriente, fuera de la dominación de los cristianos, que con un poco de tiempo y gasto, los comunicarían á los otros? Esto es lo que ha sucedido, y el Talmud se ha conservado tan bien, que ha sido impreso todo entero y muchas veces: los cristianos curiosos se han aprovechado de su lectura; y dejando á un lado las impiedades, fábulas é impertinencias de los rabinos, han sacado de él conocimientos muy útiles, tanto para entender la Escritura, como para impugnar á los judíos con sus propias armas.

VI.
Retórica.

Después de la gramática se estudiaba en nuestras universidades la retórica, pero de una manera que más estragaba, que enriquecía el estilo. Su retórica consistía en no hablar sino por metáforas, ú otras figuras estudiadas, evitando con cuidado explicarse simple y naturalmente; lo que hace sus escritos muy difíciles de entender. Esto se ve en las cartas del papa Inocencio III y de sus sucesores, ú de Pedro de Blois, y sobre todo en las de

Pedro de Viñes, admiradas en su tiempo como modelos de elocuencia *pulcra dictamina*. Por cuyo motivo Malespina en su historia de Florencia le llama buen dictador. (a) Lo que ellos afectaban sobre todo era emplear las frases de la Escritura no para autorizar sus pensamientos, y probarlos, que es el uso legitimo de las citas, sino para expresar las cosas más comunes. Así, en una historia, en vez de decir simplemente: *tal persona murió*, decían; *se juntó con sus padres*; ó *entró en la vía ó camino de toda carne*. Y estas frases corrompen también su latin siendo traducidas palabra por palabra del hebreo; y es de temer que para ajustarlas al asunto, el autor no haya forzado alguna vez su pensamiento y dicho un poco más ó menos de lo que quería.

Otro fruto de su mala retórica son los lugares comunes de que están llenos sus escritos; como estos enfadosos prefacios por donde comienzan las bulas, las constituciones y privilegios de los príncipes; y estas insípidas moralidades que se hallan á cada página en los sermones, y escritos de piedad; que deteniéndose en las tesis generales,

(a) Ricord. Alalesp. c. 131. word v. argenti

en que todo el mundo conviene, sin hacer la aplicacion individual, son absolutamente inútiles. Lo que nos debe consolar es que muchos escritos de este género de los siglos XIII y XIV se han quedado sepultados en las bibliotecas.

En cuanto á la poética, se estudiaba tan mal, que estaba por no hacer mencion de ella. Se contentaban con aprender la medida de los versos latinos, y cantidad de las sílabas, aunque imperfectamente; y se creia hacer un Poema refiriendo de seguida una historia en un estilo tan bajo, y un latin tan bárbaro, como se haria en prosa, á reserva de que la necesidad de los versos hacia buscar expresiones forzadas y cosas impertinentes, como se ve en la vida de la condesa Matilde escrita por Domnizon. Es verdad que Gunther en su Ligurino y Guillermo el Breton en su Phillipida se elevan un poco mas, y manejan mejor sus pensamientos, pero es con frases tomadas enteramente de los antiguos. Con todo, debemos estar agradecidos á estos malos poetas de habérnos conservado la tradicion de las sílabas largas y breves, y la construccion de

los versos latinos. En lo demas, no se ve ninguna gracia en las obras serias de este tiempo; y los autores no tenian gusto ninguno en la imitacion de las bellezas de la naturaleza, que es el alma de la poesia.

Pero tenian mucho en las ficciones y fábulas, siendo en esto semejantes á los niños, que son mas aficionados á lo maravilloso, que á lo verdadero. Por esta causa estudiaban tan mal la historia aun de su país. Recibian todo lo que hallaban escrito, sin crítica, sin discernimiento, sin exáminar la edad y autoridad de los escritores hallándolo todo bueno. Así, la fábula de Franco hijo de Hector, y de los francos descendientes de los troyanos, ha sido adoptada por todos nuestros historiadores hasta el fin del siglo XVI. Así, se ha hecho remontar la historia de España hasta Japhet, la de la gran Bretaña hasta Bruto, la de Escocia hasta Fergo, y lo mismo ha sucedido en otras muchas naciones. Cada historiador emprendia una historia general desde la creacion del mundo hasta su tiempo, y acinaba en ella sin discernimiento todo lo que encontraba en los libros que tenia entre manos. Así lo hi-

cieron Vicente de Beaubais, y san Antonino de Florencia, cuyas historias son útiles por lo respectivo á su tiempo, en lo cual son originales: pero en cuanto á los tiempos precedentes casi no sirven sino de enseñarnos las fábulas que entonces se referian seriamente. Y aun estas historias universales no tratan sino de las cosas de Europa, perdiéndose de vista el oriente desde el principio del siglo VIII donde acaba la crónica de Anastasio el bibliotecario.

La geografía no era mejor cultivada que la historia, con la cual tiene tanta conexión. No se estudiaba sino en los libros de los antiguos, como si el mundo no hubiera mudado de aspecto desde el tiempo de Plinio y Tolomeo, queriendo hallar en Palestina, y en todo el Oriente los lugares nombrados en la sagrada Escritura. Se buscaba todavía una Babilonia arruinada tantos siglos antes, dando este nombre unas veces á Bagdad y otras al gran Cairo, ciudades nuevas la una y la otra. La conveniencia sola del sonido hacía decir sin razón Aleph por Alep, Caifas por Hifa, y Corosain por la Corosana. No cuidaban de consultar á los habitantes del país para saber los

verdaderos nombres de los lugares y su situación; y esto en países donde se hacía la guerra, para la cual se tiene necesidad no solamente de la geografía sino de la topografía mas exacta. Así hemos visto cuantas veces los ejércitos de los cruzados perecieron por haberse empeñado sobre la fe de malas guías en montañas, desiertos, ú otros países intransitables.

Las humanidades se dirá acaso que se habían descuidado, por la falta de libros, y que los ingenios se habían convertido á las ciencias del puro raciocinio. Veamos pues, cómo se estudiaba la filosofía, y comencemos por la lógica. No era ya como en su institución el arte de raciocinar exactamente é inquirir la verdad por las vías mas seguras, sino un ejercicio de disputar y sutilizar sin fin. El objeto de los que la enseñaban era menos instruir á sus discípulos, que hacerse admirar de ellos, y enredar á sus adversarios en cuestiones capciosas al modo de estos antiguos sofistas, de los cuales Platon se burla tan graciosamente (a). Juan de Salisbury que vi-

VIII.
Lógica.

(a) Euthyd. Protag. Metalog. lib. II. c. I. C. 1. c. 1. 2.

via en el siglo XII se queja de que algunos consumían toda su vida en estudiar la lógica, y la hacían entrar en el tratado de los universales, no debiendo ser sino un pequeño preliminar; otros confundían las categorías, tratando desde el principio, con ocasión de la substancia, de todas las cuestiones que tocan á las otras nueve. Discurrían sin fin sobre las palabras, y sobre el valor de las negaciones multiplicadas: no hablaban sino con términos del arte; y no creían haber formado bien un discurso sino llamándole argumento. Querían tratar todas las cuestiones imaginables, y siempre sobrepujar á los que les habían precedido. Tal es el testimonio de este autor.

El cual se apoya con los exemplos de los antiguos doctores, cuyos escritos están en todas las bibliotecas, aunque pocos los leen. Tomad el primer volumen de Alberto el grande, vereis que aunque tan crecido, no contiene sino la lógica, de donde sin examinar mas podeis concluir, que el autor ha mezclado en ella muchas materias extrañas; pues Aristóteles, que extendía hasta las últimas precisiones,

lo que es verdaderamente de esta arte, no hizo de ella sino un breve volumen. Añado todavía que esta lógica tan extendida prueba que el mismo Alberto no era buen lógico, y que no raciocinaba con exactitud, pues debía considerar que la lógica no es mas que una introducción á la filosofía, y el instrumento de las ciencias: y que la vida del hombre es corta, principalmente siendo reducida al tiempo útil para estudiar: ¿pues qué se diría de un curioso, que teniendo tres horas para visitar un magnífico palacio, ocupase una en solo el pórtico, ó de un oficial que teniendo solo un día de trabajo, emplease el tercio en preparar y adornar sus instrumentos?

Me parece que Alberto debía todavía preguntarse á sí mismo. ¿Conviene á un religioso y á un sacerdote pasar su vida estudiando á Aristóteles y sus comentadores árabes? ¿De qué sirve á un teólogo este estudio tan extenso de la física general y particular; del curso de los astros, y sus influencias, de la estructura del Universo, de los fenómenos de los minerales, de las piedras y sus virtudes? ¿Este tiempo no le robo yo al estudio de la sagrada Es-

critura, de la historia de la Iglesia y de los cánones? Y despues de tantas ocupaciones, ¿qué lugar me ha de quedar para la oración y predicación, que es lo esencial de mi instituto? Los fieles que me hacen subsistir de sus limosnas, ¿no suponen que yo estoy ocupado en estudios muy útiles, que no me dejan tiempo para trabajar con mis manos? Yo diria otro tanto á Alexandro de Hales, á Scoto, y á otros, y me parece que gentes que hacian profesion de trabajar en la perfeccion cristiana, usaban mal de su razon ocupando tanto tiempo en estudios impropios de la Religion, aun quando estos hubiesen sido buenos y sólidos en sí mismos.

Pero real y verdaderamente no lo eran. La física general casi no era mas que un language, que se habia adoptado para explicar en términos científicos, lo que todo el mundo sabe; y la física particular se ocupaba particularmente en fábulas y falsas suposiciones; pues no se consultaba la experiencia, ni la naturaleza en sí misma sino en los libros de Aristóteles y otros antiguos; en lo cual se ve tambien lo mal que discurrían estos doctores, porque para estudiar así era

preciso poner por principio que Aristóteles era infalible, y que no habia en sus escritos cosa que no fuese verdad; ¿y por dónde se habian asegurado de esto? ¿era por evidencia ó por un sério exámen? Este era el defecto trascendental de todos sus estudios, limitarse á un cierto libro, fuera del cual no buscaban mas en cada materia. Toda la teología debia estar en el Maestro de las Sentencias, todo el derecho canónico en Graciano, toda la inteligencia de la Escritura en la glosa ordinaria. No se trataba sino de saber bien estos libros, y aplicar su doctrina á los asuntos particulares. No se pensaba en averiguar dónde habia tomado Graciano todas estas piezas que componen su coleccion, y qué autoridad tenian por sí mismas. Qué eran estas Decretales de los primeros papas, que refiere tan frecuentemente. Si lo que cita bajo del nombre de san Gerónimo ó san Agustín, es efectivamente de ellos; lo que precede, y sigue á estos pasages en las obras de dónde se tomaron. Estas discusiones parecian inútiles ó imposibles, y por esto digo que discurrían poco nuestros doctores y su